

Sigmund Freud

# Psicopatología de la vida cotidiana



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Psychopathologie des Altagslebens*  
Traducción de: Luis López-Ballesteros y de Torres

Primera edición: 1966  
Tercera edición: 2011  
Décima reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1966, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-5089-0  
Depósito legal: B. 9.140-2011  
Composición: Grupo Anaya  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	1. Olvido de nombres propios
20	2. Olvido de palabras extranjeras
27	3. Olvido de nombres y de series de palabras
63	4. Recuerdos infantiles y encubridores
74	5. Equivocaciones orales
137	6. Equivocaciones en la lectura y en la escritura
137	A. Equivocaciones en la lectura
150	B. Equivocaciones en la escritura
169	7. Olvido de impresiones y propósitos
172	A. Olvido de impresiones y conocimientos
189	B. Olvido de propósitos o intenciones
200	8. Torpezas o actos de término erróneo
235	9. Actos sintomáticos y casuales
266	10. Errores
282	11. Actos fallidos combinados
294	12. Determinismo. Fe casual. Superstición. Consideraciones
341	Notas



Unas palabras del Dr. Freud sobre la versión al castellano de sus *Obras Completas*:

Sr. D. Luis López-Ballesteros y de Torres:

Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal *Don Quijote* en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Gracias a esta afición juvenil puedo ahora –ya en edad avanzada– comprobar el acierto de su versión española de mis obras, cuya lectura me produce siempre un vivo agrado por la correctísima interpretación de mi pensamiento y la elegancia del estilo. Me admira, sobre todo, cómo, no siendo usted médico ni psiquiatra de profesión, ha podido alcanzar tan absoluto y preciso dominio de una materia harto intrincada y a veces oscura.

FREUD

Viena, 7 de mayo de 1923



# 1. Olvido de nombres propios

En el año 1898 publiqué en la *Revista de Psiquiatría y Neurología* un pequeño trabajo titulado «Sobre el mecanismo psíquico del olvido», que quiero reproducir aquí, utilizándolo como punto de partida para más amplias investigaciones. Examinaba en dicho ensayo, sometiendo al análisis psicológico un ejemplo observado directamente por mí mismo, el frecuente caso de olvido temporal de un nombre propio, y llegaba a la conclusión de que estos casos de fallo de una función psíquica –de la memoria–, nada raros ni importantes en la práctica, admitían una explicación que iba más allá de la usual valoración atribuida a tales fenómenos.

Si no estoy muy equivocado, un psicólogo a quien se preguntase cómo es que con mucha frecuencia no conseguimos recordar un nombre propio que, sin embargo, estamos ciertos de conocer, se contentaría con responder que los nombres propios son más susceptibles de ser olvidados que otro cualquier contenido de la memoria, y expondría luego plausibles razones para fundamentar esta preferencia del

olvido, pero no sospecharía más amplia determinación de tal hecho.

Por mi parte he tenido ocasión de observar, en minuciosas investigaciones sobre el fenómeno del olvido temporal de los nombres, determinadas particularidades que no en todos, pero sí en muchos de los casos, se manifiestan con claridad suficiente. En tales casos sucede que no sólo *se olvida*, sino que, además, *se recuerda erróneamente*. A la conciencia del sujeto que se esfuerza en recordar el nombre olvidado acuden otros *–nombres sustitutivos–* que son rechazados en el acto como falsos, pero que, sin embargo, continúan presentándose en la memoria con gran tenacidad. El proceso que nos había de conducir a la reproducción del nombre buscado se ha *desplazado*, por decirlo así, y nos ha llevado hacia un sustitutivo erróneo. Mi opinión es que tal desplazamiento no se halla a merced de un mero capricho psíquico cualquiera, sino que sigue determinadas trayectorias regulares y perfectamente calculables, o, por decirlo de otro modo, presumo que los nombres sustitutivos están en visible conexión con el buscado, y si consigo demostrar la existencia de esta conexión espero quedará hecha la luz sobre el proceso y origen del olvido de nombres.

En el ejemplo que en 1898 elegí para someterlo al análisis, el nombre que inútilmente me había esforzado en recordar era el del artista que, en la catedral de *Orvieto*, pintó los grandiosos frescos de «las postrimerías del hombre». En vez del nombre que buscaba *–Signorelli–* acudieron a mi memoria los de otros dos pintores *–Botticelli y Boltraffio–*, que rechazé en seguida como erróneos. Cuando el verdadero nombre me fue comunicado por un testigo de mi olvido, lo reconocí en el acto y sin vacilación alguna. La investigación de por qué influencias y qué caminos asociati-



vos se había desplazado en tal forma la reproducción –desde *Signorelli* hasta *Botticelli* y *Boltraffio*– me dio los resultados siguientes:

a) La razón del olvido del nombre *Signorelli* no debe buscarse en una particularidad del mismo ni tampoco en un especial carácter psicológico del contexto en que se hallaba incluido. El nombre olvidado me era tan familiar como uno de los sustitutivos –*Botticelli*– y mucho más que el otro –*Boltraffio*–, de cuyo poseedor apenas podría dar más indicación que la de su pertenencia a la escuela milanesa. La serie de ideas de la que formaba parte el nombre *Signorelli* en el momento en que el olvido se produjo me parece absolutamente inocente e inapropiada para aclarar en nada el fenómeno producido. Fue en el curso de un viaje en coche desde Ragusa (Dalmacia) a una estación de la Herzegovina. Iba yo en el coche con un desconocido; trabé conversación con él y cuando llegamos a hablar de un viaje que había hecho por Italia, le pregunté si había estado en Orvieto y visto los famosos frescos de...

b) El olvido del nombre queda aclarado al pensar en el tema de nuestra conversación, que precedió inmediatamente a aquel otro en que el fenómeno se produjo, y se explica como *una perturbación del nuevo tema por el anterior*. Poco antes de preguntar a mi compañero de viaje si había estado en Orvieto habíamos hablado de las costumbres de los turcos residentes en *Bosnia* y en la *Herzegovina*. Yo conté haber oído a uno de mis colegas que ejercía la Medicina en aquellos lugares y tenía muchos clientes turcos, que éstos suelen mostrarse llenos de confianza en el médico y de resignación ante el destino. Cuando se les anuncia que la muerte de uno de sus deudos es inevitable y que todo auxilio es inútil, contestan: «¡Señor (Herr), qué le vamos a ha-

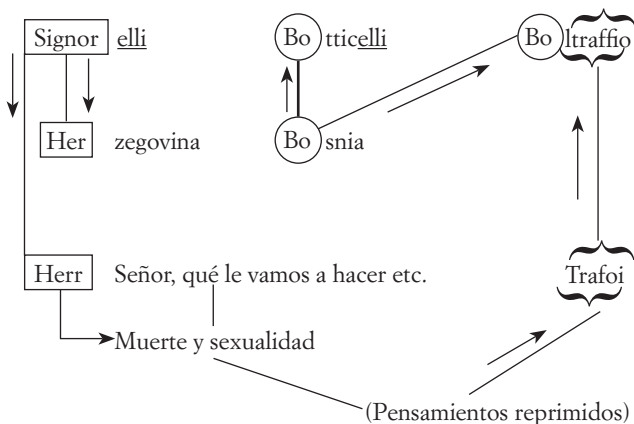
cer! ¡Sabemos que si hubiera sido posible salvarle, le hubierais salvado!» En estas frases se hallan contenidos los siguientes nombres: *Bosnia, Herzegovina* y *Señor (Herr)*, que pueden incluirse en una serie de asociaciones entre *Signorelli, Botticelli* y *Boltraffio*.

c) La serie de ideas sobre las costumbres de los turcos en Bosnia, etc., recibió la facultad de perturbar una idea inmediatamente posterior, por el hecho de haber yo apartado de ella mi atención sin haberla agotado. Recuerdo, en efecto, que antes de mudar de tema quise relatar una segunda anécdota que reposaba en mi memoria al lado de la ya referida. Los turcos de que hablábamos estiman el placer sexual sobre todas las cosas, y cuando sufren un trastorno de este orden caen en una desesperación que contrasta extrañamente con su conformidad en el momento de la muerte. Uno de los pacientes que visitaba mi colega le dijo un día: «Tú sabes muy bien, *señor (Herr)*, que cuando eso no es ya posible pierde la vida todo su valor.»

Por no tocar un tema tan escabroso en una conversación con un desconocido reprimí mi intención de relatar este rasgo característico. Pero no fue esto sólo lo que hice, sino que también desvié mi atención de la continuación de aquella serie de pensamientos que me hubiera podido llevar al tema «muerte y sexualidad». Me hallaba entonces bajo los efectos de una noticia que pocas semanas antes había recibido, durante una corta estancia en *Trafoi*. Un paciente en cuyo tratamiento había yo trabajado mucho y con gran interés se había suicidado a causa de una incurable perturbación sexual. Estoy seguro de que en todo mi viaje por la Herzegovina no acudió a mi memoria consciente el recuerdo de este triste suceso ni de nada que tuviera conexión con él. Mas la consonancia *Trafoi-Boltraffio* me obliga a admitir

que en aquellos momentos, y a pesar de la voluntaria desviación de mi atención, fue dicha reminiscencia activada en mí.

d) No puedo ya, por tanto, considerar el olvido del nombre *Signorelli* como un acontecimiento casual y tengo que reconocer la influencia de un *motivo* en este suceso. Existían motivos que me indujeron no sólo a interrumpirme en la comunicación de mis pensamientos sobre las costumbres de los turcos, etc., sino también a impedir que se hiciesen conscientes en mí aquellos otros que, asociándose a los anteriores, me hubieran conducido hasta la noticia recibida en Trafoi. Quería yo, por tanto, olvidar algo y había *reprimido* determinados pensamientos. Claro es que lo que deseaba olvidar era algo muy distinto del nombre del pintor de los frescos de Orvieta; pero aquello que quería olvidar resultó hallarse en conexión asociativa con dicho nombre, de manera que mi volición erró su blanco y *olvidé lo uno contra mi voluntad*, mientras quería *con toda intención* olvidar lo otro.



La repugnancia a recordar se refería a un objeto, y la incapacidad de recordar surgió con respecto a otro. El caso sería más sencillo si ambas cosas, repugnancia e incapacidad, se hubieran referido a un solo dato. Los nombres sustitutivos no aparecen ya tan injustificados como antes de estas aclaraciones y aluden (como en una especie de transacción) tanto a lo que quería olvidar como a lo que quería recordar, mostrándome que mi intención de olvidar algo no ha triunfado por completo ni tampoco fracasado en absoluto.

e) La naturaleza de la asociación establecida entre el nombre buscado y el tema reprimido (muerte y sexualidad, etc., en el que aparecen las palabras Bosnia, Herzegovina y Trafoi) es especialmente singular. El anterior esquema, que publiqué con mi referido artículo, trata de representar dicha asociación.

En este proceso asociativo, el nombre *Signorelli* quedó dividido en dos trozos. Uno de ellos (*elli*) reapareció sin modificación alguna en uno de los nombres sustitutivos, y el otro entró –por su traducción *Signor-Herr* (Señor)– en numerosas y diversas relaciones con los nombres contenidos en el tema reprimido, pero precisamente por haber sido traducido no pudo prestar ayuda ninguna para llegar a la reproducción buscada. Su sustitución se llevó a cabo como si se hubiera ejecutado un desplazamiento a lo largo de la asociación de los nombres *Herzegovina* y *Bosnia*, sin tener en cuenta para nada el sentido ni la limitación acústica de las sílabas. Así, pues, los nombres fueron manejados en este proceso de un modo análogo a como se manejan las imágenes gráficas representativas de trozos de una frase con la que ha de formarse un jeroglífico. La conciencia no advirtió nada de todo el proceso que por tales caminos produjo los nombres sustitutivos en lugar del nombre *Signorelli*.

Tampoco parece hallarse a *primera vista* una relación distinta de esta reaparición de las mismas sílabas o, mejor dicho, series de letras entre el tema en el que apareció el nombre *Signorelli* y el que le precedió y fue reprimido.

Quizá no sea ocioso hacer constar que las condiciones de la reproducción y del olvido aceptadas por los psicólogos, y que éstos creen hallar en determinadas relaciones y disposiciones, no son contradichas por la explicación precedente. Lo que hemos hecho es tan sólo añadir, en ciertos casos, un *motivo* más a los factores hace ya tiempo reconocidos como capaces de producir el olvido de un nombre y, además, aclarar el mecanismo del recuerdo erróneo. Aquellas disposiciones son también, en nuestro caso, de absoluta necesidad para hacer posible que el elemento reprimido se apodere asociativamente del nombre buscado y lo lleve consigo a la represión. En otro nombre de más favorables condiciones para la reproducción quizá no hubiera sucedido esto. Es muy probable que un elemento reprimido esté siempre dispuesto a manifestarse en cualquier otro lugar, pero no lo logrará sino en aquellos en los que su emergencia pueda ser favorecida por condiciones apropiadas. Otras veces la represión se verifica sin que la función sufra trastorno alguno o, como podríamos decir justificadamente, sin *síntomas*.

El resumen de las condicionantes del olvido de nombres, acompañado del recuerdo erróneo, será, pues, el siguiente:

1.º Una determinada disposición para el olvido del nombre de que se trate.

2.º Un proceso represivo llevado a cabo poco tiempo antes.

3.º La posibilidad de una asociación *externa* entre el nombre que se olvida y el elemento anteriormente reprimido.

Esta última condición no debe considerarse muy importante, pues la asociación externa referida se establece con gran facilidad y puede considerarse existente en la mayoría de los casos. Otra cuestión de más profundo alcance es la de si tal asociación externa puede ser condición suficiente para que el elemento reprimido perturbe la reproducción del nombre buscado o si no será, además, necesario que exista más íntima conexión entre los temas respectivos. Una observación superficial haría rechazar el último postulado y considerar suficiente la contigüidad temporal, aun siendo los contenidos totalmente distintos; pero si se profundiza más, se hallará que los elementos unidos por una asociación externa (el reprimido y el nuevo) poseen con mayor frecuencia una conexión en su contenido. El ejemplo *Signorelli* es una prueba de ello.

El valor de lo deducido de este ejemplo depende, naturalmente, de que lo consideremos como un caso típico o como un fenómeno aislado. Por mi parte debo hacer constar que el olvido de un nombre, acompañado de recuerdo erróneo, se presenta con extrema frecuencia en forma igual a la que nos ha revelado nuestro análisis. Casi todas las veces que he tenido ocasión de observar en mí mismo tal fenómeno he podido explicarlo del mismo modo; esto es, como motivado por represión. Existe aún otro argumento en favor de la naturaleza típica de nuestro análisis, y es el de que, a mi juicio, no pueden separarse en principio los casos de olvido de nombres con recuerdo erróneo de aquellos otros en que no aparecen nombres sustitutivos equivocados. Éstos surgen espontáneamente en muchos casos, y en los que no, puede forzárseles a emerger por medio de un esfuerzo de atención, y entonces muestran, con el elemento reprimido y el nombre buscado, iguales conexiones que si

su aparición hubiera sido espontánea. La percepción del nombre sustitutivo por la conciencia parece estar regulada por dos factores: el esfuerzo de atención y una determinante interna inherente al material psíquico. Esta última pudiera buscarse en la mayor o menor facilidad con la que se constituye la necesaria asociación externa entre los dos elementos. Gran parte de los casos de olvido de nombre sin recuerdo erróneo se unen, de este modo, a los casos con formación de nombres sustitutivos en los cuales rige el mecanismo descubierto en el ejemplo *Signorelli*.

Sin embargo, no me atreveré a afirmar rotundamente que todos los casos de olvido de nombre pueden ser incluidos en dicho grupo, pues, sin duda, existen algunos que presentan un proceso más sencillo. Así, pues, creemos obrar con prudencia exponiendo el estado de cosas en la siguiente forma: *junto a los sencillos olvidos de nombres propios aparecen otros motivados por represión*.

## 2. Olvido de palabras extranjeras

El léxico usual de nuestro idioma propio parece hallarse protegido del olvido dentro de los límites de la función normal. No sucede lo mismo con los vocablos de un idioma extranjero. En éste, todas las partes de la oración están igualmente predispuestas a ser olvidadas. Un primer grado de perturbación funcional se revela ya en la desigualdad de nuestro dominio sobre una lengua extranjera, según nuestro estado general y el grado de nuestra fatiga. Este olvido se manifiesta en una serie de casos siguiendo el mecanismo que el análisis nos ha descubierto en el ejemplo *Signorelli*. Para demostrarlo expondremos un solo análisis de un caso de olvido de un vocablo no sustantivo en una cita latina, análisis al que valiosas particularidades dan un extraordinario interés. Séanos permitido exponer con toda amplitud y claridad el pequeño suceso.

En el pasado verano reanudé, durante mi viaje de vacaciones, mi trato con un joven de extensa cultura y que, según pude observar, conocía algunas de mis publicaciones



psicológicas. No sé por qué derroteros llegamos en nuestra conversación a tratar de la situación social del pueblo a que ambos pertenecemos, y mi interlocutor, que mostraba ser un tanto ambicioso, comenzó a lamentarse de que su generación estaba, a su juicio, destinada al fracaso, no pudiendo ni desarrollar sus talentos ni satisfacer sus necesidades. Al acabar su exaltado y apasionado discurso quiso cerrarlo con el conocido verso virgiliano en el cual la desdichada Dido encomienda a la posteridad su venganza sobre Eneas: *Exoriar(e)...*, pero le fue imposible recordar con exactitud la cita e intentó llenar una notoria laguna que se presentaba en su recuerdo cambiando de lugar las palabras del verso: *Exoriar(e) ex nostris ossibus ultor!* Por último, exclamó con enfado: «No ponga usted esa cara de burla, como si estuviera gozándose en mi confusión, y ayúdeme un poco. Algo falta en el verso que deseo citar. ¿Puede usted decírmelo completo?».

En el acto accedí con gusto a ello y dije el verso tal y como es:

–*Exoriar(e) aliquis nostris ex ossibus ultor!*

–¡Qué estupidez olvidar una palabra así! Por cierto, que usted sostiene que nada se olvida sin una razón determinante. Me gustaría conocer por qué he olvidado ahora el pronombre indefinido *aliquis*.

Esperando obtener una contribución a mi colección de observaciones, acepté en seguida el reto y respondí:

–Eso lo podemos averiguar en seguida, y, para ello, le ruego a usted que me vaya comunicando *sinceramente y absteiniéndose de toda crítica* todo lo que se le ocurre cuando dirige usted sin intención particular su atención sobre la palabra olvidada<sup>1</sup>.

–Está bien. Lo primero que se me ocurre es la ridiculez de considerar la palabra dividida en dos partes: *a* y *liquis*.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Qué más se le ocurre?

—La cosa continúa así: *reliquias-liquidación-liquido-fluido*.

¿Ha averiguado usted ya algo?

—No; ni mucho menos. Pero siga usted.

—Pienso —prosiguió, riendo con burla— en Simón de Trento, cuyas reliquias vi hace dos años en una iglesia de aquella ciudad, y luego en la acusación que de nuevo se hace a los judíos de asesinar a un cristiano cuando llega la Pascua para utilizar su sangre en sus ceremonias religiosas<sup>2</sup>. Recuerdo después el escrito de *Kleinpaul*, en el que se consideran estas supuestas víctimas de los judíos como reencarnaciones o nuevas ediciones, por decirlo así, del Redentor.

—Observará usted que esos pensamientos no carecen de conexión con el tema de que tratábamos momentos antes de no poder usted recordar la palabra latina *aliquis*.

—En efecto, ahora pienso en un artículo que leí hace poco en un periódico italiano. Creo que se titulaba: «Lo que dice *San Agustín* de las mujeres». ¿Qué hace usted con este dato?

—Por ahora, esperar.

—Ahora aparece algo que seguramente no tiene conexión alguna con nuestro tema...

—Le ruego prescinda de toda crítica y...

—Lo sé, lo sé. Me acuerdo de un arrogante anciano que encontré la semana pasada en el curso de mi viaje. Un verdadero *original*. Su aspecto es el de una gran ave de rapiña. Si le interesa a usted su nombre, le diré que se llama *Benedicto*.

—Hasta ahora tenemos por lo menos una serie de santos y padres de la Iglesia: *San Simón, San Agustín, San Bene-*

*dicto* y *Orígenes*. Además, tres de estos nombres son nombres propios, como también *Pablo* (*Paul*), que aparece en *Kleinpaul*.

—Luego se me viene a las mientes San Jenaro y el milagro de su sangre... Creo que esto sigue ya mecánicamente.

—Déjese usted de observaciones. *San Jenaro* y *San Agustín* tienen una relación con el calendario. ¿Quiere usted recordarme en qué consiste el milagro de la sangre de San Jenaro?

—Lo conocerá usted, seguramente. En una iglesia de Nápoles se conserva, en una ampolla de cristal, la sangre de San Jenaro. Esta sangre se licúa milagrosamente todos los años en determinado día festivo. El pueblo se interesa mucho por este milagro y experimenta gran agitación cuando se retrasa, como sucedió una vez durante una ocupación francesa. Entonces, el general que mandaba las tropas, o no sé si estoy equivocado y fue Garibaldi, llamó aparte a los sacerdotes y, mostrándoles con gesto significativo los soldados que ante la iglesia había apostado, dijo que *esperaba* que el milagro se produciría en seguida, y, en efecto, se produ...

—Siga usted. ¿Por qué se detiene?

—Es que en este instante recuerdo algo que... Pero es una cosa demasiado íntima para comunicársela a nadie. Además, no veo que tenga conexión ninguna con nuestro asunto ni que haya necesidad de contarla...

—El buscar la conexión es cosa mía. Claro que no puedo obligarle a contarme lo que a usted le sea penoso comunicar a otra persona; pero entonces no me pida usted que le explique por qué ha olvidado la palabra *aliquis*.

—¿De verdad? Le diré, pues, que de pronto he pensado en una señora de la cual podría fácilmente recibir una noticia sumamente desagradable para ella y para mí.

—¿Que le ha faltado este mes la menstruación?

—¿Cómo ha podido usted adivinarlo?

—No era difícil. Usted mismo me preparó muy bien el camino. Piense usted en los *santos del calendario, la licuefacción de la sangre en un día determinado, la inquietud cuando el suceso no se produce, la expresiva amenaza de que el milagro tiene que realizarse o que si no...* Ha transformado usted el milagro de San Jenaro en un magnífico símbolo del período de la mujer.

—Pero sin darme en absoluto cuenta de ello. ¿Y cree usted que realmente mi temerosa expectación ha sido la causa de no haber logrado reproducir la palabra *aliquis*?

—Me parece indudable. Recuerde usted la división que de ella hizo en *a* y *liquis* y luego las asociaciones: *reliquias, liquidación, líquido*. ¿Debo también entretejer en estas asociaciones el recuerdo de Simón de Trento, *sacrificado en su primera infancia*?

—Más vale que no lo haga usted. Espero que no tome usted en serio esos pensamientos, si es que realmente los he tenido. En cambio, le confesaré que la señora en cuestión es italiana y que visité Nápoles en su compañía. Pero ¿no puede ser todo ello una pura casualidad?

—Dejo a su juicio el determinar si toda esa serie de asociaciones puede explicarse por la intervención de la casualidad. Mas lo que sí le advierto es que todos y cada uno de los casos semejantes que quiera usted someter al análisis le conducirán siempre al descubrimiento de «casualidades» igualmente extrañas<sup>3</sup>.

Estamos muy agradecidos a nuestro compañero de viaje por su autorización para hacer público uso de este pequeño análisis, que estimamos en mucho, dado que en él pudimos utilizar una fuente de observación cuyo acceso nos está vedado de ordinario. En la mayoría de los casos nos vemos

obligados a poner como ejemplos de aquellas perturbaciones psicológicas de las funciones en el curso de la vida cotidiana que aquí reunimos observaciones verificadas en nuestra propia persona, pues evitamos servirnos del rico material que nos ofrecen los enfermos neuróticos que a nosotros acuden, por temor a que se nos objete que los fenómenos que expusiéramos eran consecuencias y manifestaciones de la neurosis. Es, por tanto, de gran valor para nuestros fines el que se ofrezca como objeto de tal investigación una persona desligada de nosotros y de nervios sanos. El análisis que acabamos de exponer es, además, de gran importancia, considerado desde otro punto de vista. Aclara, en efecto, un caso de olvido de una palabra *sin* recuerdos sustitutivos y confirma nuestra anterior afirmación de que la emergencia o la falta de recuerdos sustitutivos equivocados no puede servir de base para establecer una diferenciación esencial<sup>4</sup>.

El principal valor del ejemplo *aliquis* reside, sin embargo, en algo distinto de su diferencia con el caso *Signorelli*. En este último, la reproducción del nombre se vio perturbada por los efectos de una serie de pensamientos que había comenzado a desarrollarse poco tiempo antes y que fue interrumpida de repente; pero cuyo contenido no estaba en conexión con el nuevo tema, en el cual estaba incluido el nombre *Signorelli*. Entre el tema reprimido y el del nombre olvidado existía tan sólo una relación de contigüidad temporal, y ésta era suficiente para que ambos temas pudieran ponerse en contacto por medio de una asociación externa<sup>5</sup>. En cambio, en el ejemplo *aliquis* no se observa huella ninguna de tal tema, independiente y reprimido, que, habiendo ocupado el pensamiento consciente inmediatamente antes, resonara después, produciendo una perturbación. El